

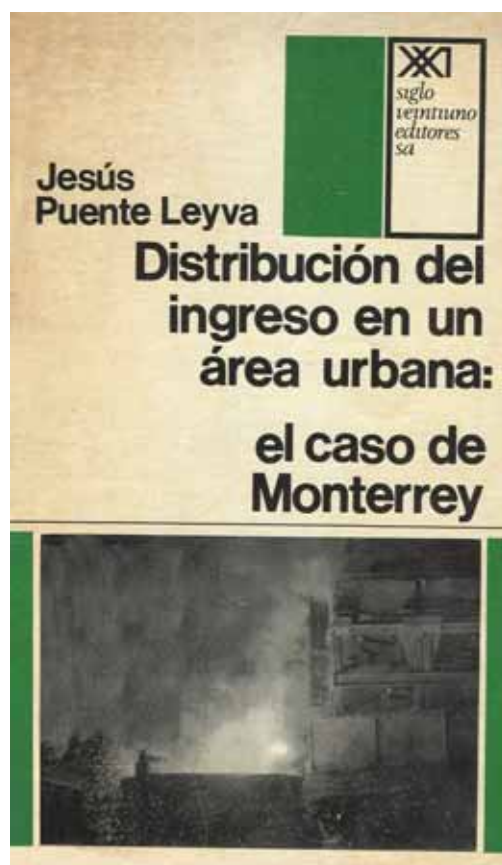
Un análisis económico con crítica social

En el estudio *Distribución del ingreso en un área urbana: el caso de Monterrey*, que publicó Siglo XXI con introducción de su mentora Ifigenia M. de Navarrete, Jesús Puente Leyva advirtió de forma pionera, como considera Rolando Cordera, sobre los riesgos de la concentración del ingreso en pocas manos y la desigualdad económica, y demostraba que la clase media de Monterrey tendía a disminuir. Sin embargo, “sus ideas –escribe Rafael Vargas– no fueron del gusto del gobernador en turno” y según Jesús Cantú Escalante, le costó al entonces joven académico “su destierro de la ciudad”. Enseguida, la reseña que un académico de la Universidad de Nueva York escribió de su polémica obra.

POR DAVID BARKIN

El haber ganado el Premio Nacional de Economía es suficiente para indicar el mérito con que sus colegas estimaron este libro de Puente Leyva. Quizás uno de los puntos más valiosos de la obra es que se combina el análisis económico con una crítica social. Eso se encuentra reflejado en su tono, que es distinto a lo que se anticipa de un libro premiado por otros economistas, y sobre todo, cuando se trata de un tema tan importante y tan poco estudiado como las tendencias de la distribución del ingreso personal. Este tono es bien caracterizado en la dedicatoria del libro cuando dice “sin respeto y con definitivo desencanto: a los economistas sin vocación y a los políticos por accidente”. Esta misma actitud ha aparecido otra vez recientemente en un artículo del economista Leopoldo Solís. Criticando al economista mexicano, Solís dice que “resulta más atractivo estar del lado del débil y ser anti-imperialista; así como conviene más, para evitar la crítica social, adoptar una posición nacionalista

Puente Leyva, Jesús. *Distribución del ingreso en un área urbana: el caso de Monterrey*, México, Siglo XXI Editores, 1969, 115 pp.





Puente Leyva en un retrato para la edición de su trabajo en Siglo XXI en 1969. A la derecha, su tesis de licenciatura.

sin enjuiciar analíticamente los métodos propuestos para alcanzar los objetivos”¹.

Trazando el camino del futuro, Solís afirma que “la ciencia económica ha avanzado bastante para poder controlar los peores defectos del capitalismo, y una economía mixta facilita esta labor. Además, se puede formar un grupo de economistas versados en la economía del bienestar que intervenga en la formulación de la política económica aplicando criterios de eficiencia coherentes en sus distintas partes”². Puente Leyva ha hecho un importante esfuerzo en este sentido, combinando sus conocimientos teóricos con los resultados de sus encuestas en Monterrey para realizar una crítica social de acuerdo con su evaluación de las prioridades sociales. Quizás él trate ahora de integrar un grupo de economistas con tan buena preparación e interés en las condiciones sociales actuales para lograr la meta señalada por Solís.

Su libro tiene un enfoque importante desde el punto de vista de la política fiscal gubernamental: analiza no sólo los resultados de la operación del sector privado, con respecto a la distribución de los beneficios de la prosperidad de la región urbana de Monterrey, sino que también se

concentra en el efecto de la intervención del gobierno para el beneficio de la población. Desde luego, es necesario reconocer que un enfoque de este tipo parte de un supuesto básico del investigador de que es deseable promover la redistribución del ingreso hacia las clases bajas. Pablo González Casanova escribió del uso de supuestos dentro de la investigación en su libro *La sociología de la explotación* diciendo que “los investigadores de esta corriente [los que están estudiando las desigualdades] han desarrollado esfuerzos notables para perfeccionar las técnicas correspondientes, sin pensar para nada que haya una imposibilidad científica, por tratarse de juicios de valores. Y sin embargo, no sólo se encuentra implícito, en el supuesto teórico de que parten, el valor de la igualdad de los hombres, sino que éste se transfiere a los procedimientos analíticos”³.

Uno de los méritos del libro de Puente Leyva, desde este punto de vista, es el reconocimiento explícito de que “el estudio tuvo su origen en una preconcepción –o juicio de valor– concerniente a la existencia de un patrón de distribución del ingreso que, a la luz de la evidencia de la vida diaria, parece ser altamente inequitativo” (p. 5).

Sigue afirmando que, a final de cuentas, “la meta de una más equitativa distribución del ingreso es buena y deseable per se” (p. 10).

Su estudio parte de un análisis basado en la tesis de W. A. Lewis⁴ sobre la transferencia de mano de obra del sector agrícola hacia el sector industrial. Aunque elabora un esquema basado en esta tesis con sus datos sobre migración y la estructura de los salarios, no llega a presentarlo en forma explícita como explicación de la causa básica de la desigualdad. Aun sin esta elaboración, su interpretación es una advertencia al economista de que sus modelos pueden cursar importantes efectos sociales que no deben ser ignorados durante el análisis del desarrollo. Puente Leyva analiza los efectos de la transferencia continua de recursos del sector rural hacia el urbano y enfoca su estudio al sector público para poder preguntar hasta qué grado éste puede cambiar o suavizar los efectos perjudiciales del funcionamiento del sector privado. Su concentración en el sector público “parte del supuesto de que el mecanismo de redistribución debe operar en forma tal que canalice sus beneficios especialmente hacia los grupos sociales de más bajos ingresos” (p. 6).

Su estudio muestra el alto grado de desigualdad entre los estratos de la población y revela que ella empeoró durante el quinquenio 1960-1965. En 1965, estima que el 67% de la población tenía ingresos menores que “el nivel mínimo de bienestar”. Esto se debe al crecimiento de la fuerza de trabajo en las categorías más bajas frente a niveles de salarios reales constantes y el crecimiento firme de la producción y el producto regionales. Se encuentra que el sistema impositivo tenía un efecto mínimo para disminuir la concentración del ingreso mientras que el gasto público tenía todavía más impacto sobre el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases más pobres. La magnitud de estos ajustes es del orden del 16% en 1965, que es ligeramente inferior al efecto del sistema fiscal del gobierno federal de los Estados Unidos hace 20 años.

Explica estos hallazgos recurriendo a un análisis del flujo migratorio y al papel del sistema educativo. Con la ayuda de otros estudios del Centro de Investigaciones Económicas, el autor afirma que los migrantes son personas de los estratos más bajos de la sociedad rural y, además,

en su mayoría están en edad de trabajar. Llegan a Monterrey sin ninguna preparación educativa. Estos hombres forman parte de “un ‘ejército de reserva’ de trabajadores en espera de ocupación en el sector industrial, deseosos de aceptar cualquier salario cercano al nivel de subsistencia: después de todo, son migrantes que vienen huyendo de la miseria rural” (p. 59). Desgraciadamente no explicó las diferencias señaladas entre este estudio y los otros estudios del problema de migración y movilidad social en la región de Monterrey, hechos en la Universidad de Nuevo León bajo la dirección de Harley Browning y Jorge Balán⁵; sus estudios a través del tiempo han mostrado que el flujo migratorio está cambiando sus características e indican que Puente Leyva solamente observó el principio de un cambio en el flujo migratorio, ya que la migración de gente sin ninguna preparación educativa y en edad de trabajar va a aumentar más en el futuro.

Hay, además, problemas dentro del sistema educativo que presentan barreras para el mejoramiento de la posición absoluta y relativa de la clase mayoritaria. Son los miembros de “la clase media solvente” y “la clase alta privilegiada”⁶, la tercera parte de la población, los que aprovechan la mayor parte del gasto público destinado a servicios educativos (80% de la educación profesional). Mientras la mayor parte de la población saca algún provecho de la escuela primaria, su encuesta mostró que ninguna de la gente en los estratos más bajos que agrupan el 23% de la población, manda a sus hijos a escuelas de nivel superior al secundario. Otro hecho interesante es que la proporción de la población con altos niveles de ingreso que utiliza la escuela primaria pública es muy reducida, debido a que este grupo manda a sus hijos a las escuelas privadas; Puente Leyva anota que esto libera recursos públicos para la educación primaria de los pobres. Aunque eso sea cierto, me parece una interpretación bastante optimista, porque la necesidad de recurrir a la escuela privada es una indicación de la baja calidad del nivel de la educación pública que produce deficiencias en la preparación de los asistentes para los niveles superiores donde se encuentran concentrados los hijos de las clases privilegiadas⁷. También es necesario advertir que la educación gratuita implica costos crecientes para el individuo en los

niveles superiores de educación por el concepto del costo de oportunidad del tiempo del estudiante en la escuela durante el cual no puede percibir ingresos. Pero aún los recursos aprovechados por la gente de los estratos más bajos son tan reducidos que él concluye que “la educación empieza a operar como medio de movilidad social a partir de, prácticamente, el estrato de la clase media solvente” (p. 41). A pesar de que los otros renglones del gasto público incluidos en su estudio (los médicos y asistenciales) tienden a favorecer a la gente humilde más que a las otras clases; él sugiere que “parecería conveniente una revisión a fondo de las políticas redistributivas y de gasto de bienestar social en nuestro medio” (p. 33).

Sus conclusiones son: 1) la rápida expansión económica del área urbana industrial de Monterrey ha venido aprovechando una oferta creciente de mano de obra del sector rural que ha ensanchado los estratos sociales de bajo nivel a través de la expansión desproporcionada de las ocupaciones no calificadas en el sector terciario, y el estancamiento del nivel general de salarios; 2) esto posibilita una alta participación del capital en el producto que resulta en una distribución del ingreso familiar que tiene a ser más “inequitativa” cuanto más alto sea el flujo inmigratorio; 3) con respecto a la redistribución, afirma que el sistema actual no beneficia en forma especial a los grupos sociales de más bajo ingreso, y esto se debe fundamentalmente a que el sistema educacional de Monterrey “no propicia la movilidad social ascendente de las masas proletarias y de las clases medias bajas” (p. 76).

Para el lector de este estudio, surgen varios problemas de interpretación. El primero, y quizás el más importante, es la forma en que el autor recopiló los datos para el estudio. Sabiendo los problemas bien conocidos de llevar a cabo una encuesta, es de esperar que un investigador va a detenerse un poco cuando está escribiendo un libro de este tipo para describir algunos de los problemas a los que tuvo que enfrentarse y explicar más detenidamente la metodología empleada para la realización del análisis. Es todavía más importante en un estudio de esta índole porque las hipótesis en sí no son muy sorprendentes para un análisis de la economía mexicana. La aportación que puede hacer un estudio como el presente es

precisar la forma en que se manifiesta la concentración del ingreso y algunas de las características, idiosincrática o no, de la región de Monterrey que producen una redistribución a través del gobierno mucho menor a la esperada. Para hacer estas afirmaciones es necesario saber hasta qué grado se puede confiar en los datos obtenidos en la encuesta de Puente Leyva.

Desgraciadamente, hay poca información sobre los problemas surgidos durante el diseño y el levantamiento de la encuesta y sobre el grado de confianza de los datos obtenidos. Aunque existen unos cuadros que abarcan este tema en su apéndice metodológico, no tenemos ninguna indicación de las posibilidades de evasión y de la confiabilidad de las respuestas de los entrevistados. Dentro del cuestionario mismo, por ejemplo, no hay preguntas sobre impuestos para la información presentada en el libro del efecto redistributivo de la política fiscal gubernamental. Es de suponer que se imputarán todos los impuestos a las respuestas acerca del ingreso pero de esta manera se ignoró por completo la evasión fiscal característica de las clases altas. También es difícil creer que la información relativa a rentas, intereses y utilidades sea muy confiable, sobre todo si se obtuvo en la forma indicada dentro del cuestionario; además, no se señala cómo se imputó el valor de la renta cuando la familia vivía en casa propia. Finalmente, no se sabe qué tan importantes son todas estas formas de ingreso dentro del ingreso familiar total. Sin embargo, tengo que felicitar a Puente Leyva por haber tratado de incorporar estos conceptos dentro del estudio y estos comentarios surgen de un deseo de entenderlos mejor y no de desprestigiarlos. De todos modos, si el caso es como lo indico arriba, los sesgos del estudio consisten en subestimar el ingreso de la gente de altos ingresos, y si hubiera forma de corregirlos tendería a ser todavía más agudo el problema de la concentración del ingreso en Monterrey.

El segundo problema surge del hecho de que su análisis dinámico está basado en datos con un lapso de solamente cinco años y con referencia a un estudio de la Secretaría de Industria y Comercio que él afirma es comparable. Como es de esperar que un estudio basado en un muestreo presentara problemas de interpretación y de confiabilidad, también es necesario pensar que una comparación

entre dos estudios hechos por muestreo complicaría el procedimiento; desgraciadamente no hay una discusión de los problemas considerados por Puente Leyva durante el proceso de comparación intertemporal. Aun suponiendo la posibilidad de comparación, el período de cinco años es muy corto para sugerir conclusiones de tendencia. Desde este punto de vista, sería mejor aceptar su análisis de la situación en 1965 y evaluar sus conclusiones sin prestar mucha confianza a las posibilidades de concebir un concepto dinámico de la evolución de la distribución del ingreso. Podríamos aceptar sus conclusiones con respecto a la tendencia dinámica como hipótesis para una investigación futura. Tanto la metodología como el lapso presentan dudas, pero ninguna contradice las conclusiones del autor y el examen de otras fuentes que presentan datos sobre el ingreso personal tiende a confirmar las hipótesis presentadas en el libro.

Finalmente, es necesario señalar que otro de los puntos débiles del libro es su análisis de comparación internacional. Esto se debe, en parte, a la ausencia de suficientes estudios de este tema en todo el mundo, y por ello la realización de este trabajo tiene importancia. Pero no hace referencia alguna al estudio de Gabriel Kolko, *Wealth and Power in America*⁸ que abarca el mismo tema para los Estados Unidos de América y muestra cómo se está concentrando el ingreso y la riqueza, y sus efectos en los niveles de vida. Desgraciadamente, algunos otros estudios relativos al efecto redistributivo del sistema fiscal norteamericano están todavía en preparación. Los resultados preliminares de éstos indican que el efecto redistributivo del sector público es mucho más importante ahora que en 1946-1949, cuando lo midió Kravis, citado por Puente Leyva en su libro. Esto haría que el análisis de la situación mexicana parecería todavía más perjudicial a la gente de bajos ingresos y daría todavía más importancia al análisis y las conclusiones de Puente Leyva.

A pesar de todas las posibles fallas en la metodología y en la recopilación de datos, el presente estudio es muy valioso y debería llamar la atención de los economistas y los políticos mexicanos, tanto por su contribución a nuestro conocimiento del problema, como por sus

esfuerzos de ligar los datos existentes a los problemas de las políticas del impuesto y el gasto públicos. Y quizás deban tomar en cuenta las conclusiones de su “punto de vista no económico”: “no es la turbulencia del pobre y su tendencia a agitar lo que sorprende, sino su paciencia y conformismo” (p. 69).

Notas

- ¹ L. Solís, “La política económica y el nacionalismo mexicano”, *Foro Internacional*, Vol. IX, Núm. 3, enero-marzo de 1969, El Colegio de México, p. 243.
- ² *Ibid.*, p. 248
- ³ González Casanova, P., *La sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969, p. 12.
- ⁴ “Economic Development with unlimited Supplies of Labour”, The Manchester School, mayo de 1954.
- ⁵ Centro de Investigaciones Económicas, Universidad de Nuevo León y Population Research Center, Universidad de Texas. *Movilidad social, migración y fecundidad en Monterrey metropolitano*, Monterrey, 1967.
- ⁶ Estas clases para distintos niveles de ingreso vienen del estudio de Eliézer Tijerina Garza (*Análisis de demanda de productos alimenticios: el caso de Monterrey*, tesis profesional, Monterrey, Facultad de Economía, UNL, 1965). Elaboró los conceptos para su estudio de niveles de consumo, medido en calorías, y parecen menos relevantes para el presente estudio –sobre todo tomando en cuenta los nombres poco objetivos seleccionados.
- ⁷ Hay muchas otras explicaciones a la observación de que muchos niños de las clases medias y altas asisten a la escuela privada. Entre otras, la educación laica pública es menos atractiva que la religiosa ofrecida en muchos planteles privados.
- ⁸ Kolko, *Wealth and Power in America: An Analysis of Social Class and Income Distribution*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1962.

Fuente

Demografía y economía: México, D. F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos y Demográficos: v. 3, No. 2 (8) (1969), p. 230-234.